

ria y de reposo del antiguo imperio de Augusto y los Antoninos. La Divina Comedia revela á cada paso ser la obra de un Gibelino, los odios del hombre de partido designan con frecuencia las venganzas del poeta; pero la verdad es que su inspiracion se eleva mucho más allá de las divisiones políticas de la época, y sin tratar de disfrazar el apasionamiento impetuoso de sus opiniones, se alza por encima del aspecto inmediato de los sucesos, y abraza dentro del radio de su vasta y soberana mirada, el pasado, el presente y el porvenir. —¿Sabeis porqué? Porque además de guerrero, además de político, además de hombre de estado, es algo que importa infinitamente más, es poeta. Poeta en el gran sentido, en el sentido clásico, bíblico, primitivo de la palabra: vate, adivino, creador, Profeta!

La Divina Comedia es, como nadie ignora, un poema en tres partes que corresponden á las tres divisiones cristianas del mundo invisible, el Infierno, el Purgatorio y el Paraiso, cada una de ellas dividida en treinta y tres cantos, excepto el Infierno que contiene treinta y cuatro, para sumar entre todos el número de cien cantos, de antemano fijado en el plan simétrico del autor. Está escrito en tercetos endecasílabos, las rimas se cierran replegándose en una cuarteta final al acabar cada uno de los cantos. Es una composicion laboriosa y cuidadosamente distribuida en todos y cada uno de sus detalles. El poeta tiene treinta y

cinco años; se halla á la mitad del término ordinario de la vida humana, *nel mezzo del cammin di nostra vita*, como dice el primer verso, aunque su vida fué mucho ménos larga que eso; emprende el viaje por esas regiones no exploradas, no visitadas ántes por ningun hombre vivo, y cuenta lo que va viendo. Es una ficcion poética, con todo el interes de una narracion verdadera; cree todo lo que cuenta; el narrador está además constantemente en escena; y no solo él, sino que lo acompaña siempre, y lo envuelve como una aureola, la inspiracion amorosa de donde brotó la idea de la obra. El nombre musical de Beatriz (*Beatrice*) resuena desde los primeros momentos, aunque no aparece personalmente desde tan temprano; la bienaventurada mujer que vela desde el cielo por la suerte del hombre, que en ella tiene cifrada la plenitud de sus esperanzas de gloria y de venturas, no puede ser testigo de los horrores del Infierno, no puede presenciar ni oír los tormentos y los lamentos de la mansion de los condenados, su planta divina no puede hollar el país salvaje donde el poeta empieza por extraviarse, la selva siniestra cuyos negros senderos conducen á la fúnebre y tremenda inscripcion: *Per me si va nell'eterno dolore!* Pero Beatriz misma busca y manda á Virgilio, para que le sirva de guia por el Infierno y el Purgatorio, hasta que pueda ella recibirlo y acompañarlo en el Paraiso. Aparece, pues, Virgilio, contando en versos, que por cierto no vacilo

en declarar desde el principio más dulces y sencillos y musicales que los mejores de la Eneida,—que una mujer «beata e bella,» cuyos ojos brillaban más que las estrellas, acudió á él pidiéndole que fuese á salvar y llevar de la mano á un hombre extraviado, á quien deliciosamente llama «*l'amico mio e non de la ventura,*» y concluye su breve y expresiva súplica con este verso, que viene á ser la síntesis de uno de los elementos más importantes del poema: *Amor mi mosse che mi fa parlare*: el Amor me ha traído hasta tí, él es quien me hace hablar.

Y aquí, puesto que ya os he citado varios versos del poema y os he dado alguna muestra de su melodía exquisita, juzgo llegado el momento de dirigirme á mí mismo dos preguntas que, si bien no lograré contestar con precisión absoluta, porque la materia envuelve una vaguedad de contornos inevitable, ni tampoco con toda la extensión que el tema exigiera, porque debo encerrar mi conferencia dentro de sus límites naturales,—entrañan la cuestión literaria capital del asunto que estoy tratando. ¿Qué cosa es la poesía? ¿qué es lo que se llama un poeta? O en términos más contraidos al caso, ¿por qué la *Divina Comedia*, á pesar de contener tanta política oscura, tanta alusión indescifrable, tanta filosofía inútil ya y envejecida, tanta árida é infecunda teología, es unánimemente considerada como un monumento altísimo de poesía, de

poesía elevada, grandiosa y deslumbrante cual ninguna?

Hay una distinción vulgar, que comprenden hasta los niños, en virtud de la cual se llama poesía al lenguaje métrico, sometido á las reglas estrictas de la prosodia. En esta distinción, á pesar de lo superficial y manoseado, hay algo que bien interpretado resuelve la pregunta formulada. La poesía es la forma musical de la verdad, como es la música el lenguaje de la sinceridad, de lo que sinceramente brota de lo íntimo del corazón. Todo lo que realmente se siente, se expresa musicalmente. Allá, á cierta altura, la música y la poesía se estrechan, se confunden, y son una misma cosa. ¿Qué es en efecto la música, la verdadera música, la gran música, la música de Beethoven por ejemplo? Un autor eminente lo ha escrito:—es una especie de lenguaje inarticulado é insondable, que nos lleva hasta el borde mismo del infinito, y de cuando en cuando nos permite echarle una mirada.—Otro crítico ha dicho que en toda sentencia musical, cuyas palabras y cuyo ritmo formen verdadera melodía, hay siempre alguna significación profunda.—No en balde se llama cantar el componer en verso. Los grandes monumentos de la literatura han sido cantados en su origen. Moisés y sus Israelitas cantaron realmente el himno del Mar Rojo. Débora cantó. Los profetas cantaron. Los dos poemas de Homero primero se cantaron que

se escribieron. El Romancero, la gran epopeya española, es una colección de canciones recogidas de la boca del pueblo. Los boteros de Venecia han acompañado con estrofas del Tasso el deslizarse silencioso de sus góndolas por el Gran Canal. Hay composiciones del gran bardo francés de nuestros días, de Víctor Hugo, cuyas líneas, palabras, sílabas y vocales están de tal manera dispuestas, que no conoce la música propiamente dicha melodías más exquisitas y profundas; porque allí, repito, se confunden, son una misma cosa música y poesía. Cuando Fantina, la Fantina de *Los Miserables*, aguarda delirante en su lecho de hospital la llegada de su hija, entona una canción tan patética, tan penetrante, tan desoladora, que no hay, ni puede haber, en el mundo del arte, compositor capaz de agregarle valor alguno por medio de notas musicales. El simple sonar de sus palabras crea una música inmortal.

Pudieran multiplicarse los ejemplos; pero no es necesario, y vuelvo á la *Divina Comedia*. No conoce el poema de Dante el que no sienta la música inefable de sus tercetos. La inalterable sencillez de su construcción, el orden invariable de sus consonantes, el reposo constante de sus períodos, la simetría de sus detalles, convierten cada una de sus tres Partes en una sinfonía distinta, colosal, más vasta y musical que todas las de Beethoven, el gran músico moderno. Y no me refiero por supuesto á la forma únicamente, ni sólo á

la impresión producida en el oído. La música reside además, y sobre todo, en el acuerdo de sus proporciones, en la armonía de las grandes líneas del edificio poético, y en la profundidad de su significación.

Poeta sin rival, carácter soberano, del cortísimo número de aquellos que, sin dejar de ser producto de su época y de las circunstancias que los circundan, imprimen su huella, señalando la senda á sucesos futuros y creando en el mundo del arte dinastías, como los Césares y Napoleones en el orden político;—abrió y exploró solo la ruta de su inspiración, escribió para los siglos al dictado de su intenso corazón, y enlazó indisolublemente su nombre y su obra con lo que hay de más grande en la historia de la humanidad. Ese período tormentoso de la Edad Media,—que vino después del vasto desbordamiento de la naturaleza enfurecida que se llama en los libros elementales la invasión de los Bárbaros en Europa,—tuvo, en medio de su confusión, de su oscuridad, de su desorden, de su barbarie, algo que lo elevaba muy por encima de toda la antigüedad; sabía del gran secreto del universo mucho más que los grandes hombres del Asia, de Grecia y de Roma, mucho más que Confucio y que Platon, que Homero y que Lucrecio; era dueño de la fórmula mágica y sagrada para resolver el problema de los problemas, poseía, en fin, la gran doctrina del Cristianismo; y el Cristianismo con su terrífica pintura de la otra

vida, con los fallos vengadores de su justicia incontestable, con el impulso invencible y avasallador que entónces lo animaba, halló en Dante su creyente, su sacerdote, su poeta, su cantor.

De ahí la perenne grandeza de ese poema. Dante cuenta lo que cree. Es el más sincero de los hombres, ha visto realmente con los ojos del rostro lo impenetrable y lo invisible. No ha leído en ninguna parte lo que dice, y sin embargo no lo inventa. Sus imágenes, sus personajes, sus abstracciones nunca degeneran completamente en emblemas ó alegorías en el sentido retórico de la palabra; aunque digan lo contrario críticos miopes, que con mezquino instrumento pretenden medir lo incomensurable. Beatriz es siempre Beatriz para el poeta, es siempre la mujer que vió risueña y hermosa en un jardín de su ciudad natal, que amó desde niño, y que luego vió muerta y tendida en medio de su familia y sus amigos desconsolados. Allá en el Paraiso, es verdad, parece ir perdiendo poco á poco su carácter terrenal, elevarse hasta confundirse con lo vaporoso y lo indescribible, y quizás personificar la ciencia, la verdad teológica, la última forma de la sabiduría; pero todo eso acaece sin buscarlo y sin saberlo el poeta, resultado de lo ardiente de su pasión, de lo intenso de su contemplación, de su fé sin término y sin límites.

De ahí también su gran mérito literario, la gran

cualidad que lo pone á la cabeza de todos los escritores modernos, la superioridad de su estilo. Sobre este punto no hay posible divergencia de opiniones. Ni en italiano, ni en ninguna lengua, se ha escrito jamás con tanto vigor. Dante expresa á veces en un solo verso lo que otros han necesitado páginas enteras para decir. Es el modelo perpetuo de la concisión y la energía. Después de él se ha hablado y se ha escrito en la lengua del Dante, antes de él no existía ni siquiera el idioma que sirvió de instrumento, que fué la materia de las creaciones de su potente fantasía. Su poema es la fuente profunda y copiosa á que artistas, poetas, pintores, músicos, escultores, arquitectos, han ido á beber inspiración inagotable. Una dinastía, como os dije ántes, una sucesión de hombres eminentes, un mundo, ha surgido de esa obra. ¡De cuántas cosas careceríamos si la Divina Comedia no hubiese sido escrita! No intento hacerlos una larga enumeración, ni tampoco quiero exagerar; mas con seguridad me atrevo á afirmar que sin ella no competiría atrevidamente la cúpula de San Pedro con la bóveda del firmamento; ni el Moisés concebido para la tumba de Julio II volvería la cabeza, con ese gesto indescriptible, con ese fruncimiento de cejas sobrehumano; ni yacería en su lecho de piedra la mujer sublime, la diosa desesperada que duerme inmortalmente en el sepulcro de los Médicis! Y esto no es sólo mi opinión, es la opinión de

su mismo autor, del excelso Miguel Angel, uno de los seres más grandes y completos que han existido, arquitecto, pintor, escultor, poeta, ingeniero militar, patriota insigne! En un soneto célebre, donde relata y lamenta la desventura y la injusticia que fueron el premio de la vida de Dante, exclama: "Y cuánto sin embargo lo envidio! Que por sufrir como él, por su mismo durísimo destierro, con tal de tener su genio, *darei del mondo il più felice stato.*"

Es un estilo que combina hasta un grado prodigioso los extremos de la fuerza y de la gracia, y que en ambas ha llegado más lejos que ninguno, sólo por la sobriedad y sencillez de su construcción. Es casi siempre, por supuesto, el viajero del Infierno y del Purgatorio; su infortunio inmerecido, su ambición cruelmente burlada por la adversidad de la suerte, su orgullo nunca satisfecho, lo conducen y preparan sobre todo á la pintura de las escenas terribles, que había de ofrecerle su paso por la ciudad de los dolores; pero en los momentos patéticos del poema, nadie le excede en ternura y sentimientos exquisitos. Cuando al penetrar, muy desde el principio, en el segundo círculo del Infierno, encuentra aquellas interesantes pecadoras Elisa Dido, Semíramis, Cleopatra y las demás, arrebatadas por un torbellino que las agita, sacude y fuerza á girar incesantemente, que es la especie extraña de tormento á que están condenadas,—distingue entre todas una que

pasa abrazada con su amante, Francesca da Rimini, mediando entre los dos, entre Dante y ella, un diálogo, una escena que en todo no contiene más que setenta versos—los he contado,—y de los cuales ha dicho un autor, inglés por cierto é irrecusable por tanto en este caso, que está allí todo el amor de las mujeres tan sublime y tan completamente desarrollado y descrito, como la historia de la pasión de Julieta en toda la gran tragedia de Shakspeare. Así es en efecto. Es el episodio quizás más conocido de la *Divina Comedia*, y hasta cierto punto con razón. Lleno de la más misericordiosa tristeza, pregunta el poeta á la infeliz mujer cuáles fueron las dulces ilusiones y los implacables sentimientos que la arrastraron á su trágica muerte; y ella, á pesar del quejido amargo que le arranca el dolor de recordar en medio de la desgracia la felicidad perdida, cuenta aquella escena inolvidable cuando, embobados ámbos en la lectura de un libro, llegan al punto en que se besan los dos personajes de la novela, y en que sin saberlo se estrechan entusiasmados los labios de ellos también. Aquel día no leyeron más. Tampoco agrega ella una palabra más, desaparece con su compañero otra vez en el torbellino de tinieblas que los arrastra; mientras el poeta, que había conocido á Francesca en su juventud, que había admirado su belleza y su frescura, pues era de la familia de Guido, señor de Ravena, su protector, en cuya casa enlutada

fué acogido durante los últimos años de su destierro, y donde murió,—el poeta, oprimido de dolor, cae desvanecido. Es un trozo de poesía sin igual; algo delicado, purísimo, gozoso, sobre un fondo inmortalmente triste, del medio de lo cual surge una dulce y plañidera voz femenina, profiriendo gemido tan punzante que va á buscar y desgarrar la fibra más honda y escondida del corazón.

Nunca acabaría si me propusiera hablaros de otros episodios incomparables del poema; pero es preciso que atienda á vuestra fatiga, y á la mía. Os lo he dicho ántes, es una mina que no se agota. Privilegiada literatura la que, como la de Italia, comienza por una obra de estas proporciones! puede estar segura de nunca perecer, de renacer y brillar con sólo volver á la fuente copiosa de donde corrió la primera vez, y beber en sus insondables manantiales. Comprendería muy bien que se deseara ser italiano, sólo por el honor de apellidarse compatriota del autor de la *Divina Comedia*. Mucho, es verdad, mucho hace la Italia por la memoria del Dante; lo estudia, lo analiza constantemente, lo ensalza y lo bendice; al cumplirse el otro día, en 1865, un nuevo centenario, el sexto siglo de su nacimiento, celebraron una fiesta verdaderamente nacional, de concordia y gratitud, en la cual rebosó nobilísimo y no fingido entusiasmo universal.

Pero ¿qué significa todo eso, y mucho más, com-

parado con lo que á Dante se le debe? Jamás hijo alguno ha pagado con mayor servicio el cariño de la madre á quien debe el sér. Los males que él reprobó y anatematizó con tan vigorosa elocuencia, la discordia, la corrupcion, el egoismo, continuaron despues de su muerte multiplicados y agravados; el país, dividido y en contienda perenne, vió siglo tras siglo ahondarse la sima en que habia de hundirse. La guerra intestina incesante produjo al fin la guerra por oficio, y la gloriosa nacion, que era maestra de las artes y las letras, se convirtió tambien en mercado, en bazar de soldados, de esos aventureros sin fé y ley, que han hecho infame en la historia el nombre de *condottieri*; de ahí vino luégo la ignominia del siglo XVI con las invasiones y el triunfo de los extranjeros; y en seguida, la decadencia completa, el marasmo, la podredumbre, la muerte. La vision magnífica, en que soñaron Dante y sus discípulos, de una Italia grande y poderosa pareció borrarse para siempre, y la Italia tan generosamente anhelada no fué más que «una expresion geográfica.» Habia muerto; y para que no quedase duda, su cadáver, como el de los grandes criminales de otros tiempos, habia sido descuartizado, y repartidos los pedazos á los cuatro vientos del universo. Pero el espíritu asciende cuando el cuerpo cae; y el alma italiana se conservaba incólume y pura en el gran poema del ilustre florentino; ahí estaba guar-

dado el porvenir, ahí la lengua, ahí la literatura, ahí las glorias, las tradiciones, las esperanzas de la Italia; y de ahí surgieron fulgentes y felices al sonar la hora del rescate y la libertad. El libro de Dante flotó como un Arca Santa durante siglos de inundación; y al serenarse el firmamento y brillar el sol del renacimiento, de él salieron armados y vencedores los héroes que habían de trocar en realidad la ilusión fallida de tantas generaciones; y los que más tarde, soldados de Víctor Manuel ó voluntarios de Garibaldi, remataron la obra y cerraron la revuelta y combatida epopeya secular, plantando, por primera vez en la historia moderna, una misma enseña italiana desde las crestas de los Alpes hasta la cúspide del volcán de la Sicilia.

¡ Haber sido, por centenares de años, el foco de vida, el corazón que palpita de todo un pueblo, y devolver, en un momento dado, al mundo y á la historia, una nueva nación y un pueblo regenerado,—es sin duda el honor de los honores, la gloria suprema! Y, sin embargo, ¿ qué es eso ante una obra de esta naturaleza? ¿ Qué es la vida de un pueblo en parangón con la inmortalidad de un poema? Día vendrá en que caiga el actual reino de Italia, como es ley de la humanidad, como cayeron tantas naciones en el Asia, como cayó la Grecia, como cayó el poderoso Imperio Romano, como caen todas las fábricas políticas, por firmes y alterosas que parezcan. Nuevas ruinas, nuevo

polvo se acumulará sobre el polvo y sobre las ruinas antiguas, y al nuevo estrépito sucederá otra vez el silencio de la desolación y de la muerte. Pero así como Jerusalem, « de quien queda el nombre apenas, » dura y persiste todavía en la inspirada voz de sus Profetas; así como la Grecia, desvanecida y borrada de la faz del mundo por un verdadero cataclismo, vivió siempre y vive aún en los hexámetros de Homero,—así la voz sincera, el canto melodioso que, por los labios del Dante, brotó un día del corazón de la Italia, no se apagará, no se extinguirá jamás!